

Montoro (Córdoba), recibiera el encargo del conde de Floridablanca de recoger muestras de minerales y antigüedades con destino al Gabinete de Historia Natural que se estaba formando en Madrid a instancias del rey Carlos III». El 26 de mayo de 1783 se reconocen así los abrigos de Peña Escrita y Chorrera de los Batanes o de la Batanera, nombre como también es conocido este último.

Fernando José López de Cárdenas extrajo una parte de las pinturas del abrigo de Chorrera de los Batanes para enviarla al Gabinete de Historia Natural y pensó en principio que se trataban de caracteres egipcios, fenicios y cartagineses, hecho que quedó desmentido posteriormente por Manuel Góngora que situó a los mismos dentro de la tipología ibérica, indicios históricos, estos últimos, que tendrán que ser corroborados por la historia e incluso por las excavaciones más recientes.

Tras muchos años de espera y tras los descubrimientos de Jaén y Lérida, las pinturas de Fuencaiente recobran su importancia para los investigadores de la prehistoria española, iniciándose nuevos estudios e interpretaciones. En 1911, el abate Henri Breuil, que realizaba prospecciones prehistóricas en diversos puntos de España, visitó por vez primera este término. Más de tres años de trabajos costó al abate la clasificación de los hallazgos, en los que intervinieron gran cantidad de expertos españoles y europeos.

Después de los estudios y hallazgos cuantiosos de Breuil tendrían que transcurrir muchos años para que otra iniciativa semejante se prodigara en la zona. En el verano de 1977 y a iniciativa del Museo de Ciudad Real, Luis Morales Rodríguez realizó una revisión fotográfica de algunos de estos abrigos para una exposición conmemorativa del centenario del abate, realizando una serie de diapositivas publicadas posteriormente por el Instituto de Estudios Manchegos en un breve y preciso catálogo.

DETALLES DE LAS PINTURAS

La importancia de esta pintura radica en su carácter esquemático y son paralelas a las encontradas en las cuencas del Guadalquivir, Guadiana, Tajo, Levante y Cataluña. Los emplazamientos de las mismas están situados al aire libre, en abrigos o covachos e incluso en frentes rocosos. Los colores empleados son los rojos y ocre en variada gama, siendo más infrecuentes el blanco y el negro. Dichos colores están aplicados con técnicas de tintas planas.

Como ya decíamos anteriormente, el tema más representativo es el de la figura humana en muy diferentes formas, pudiéndose apreciar en las pinturas escenas de las que pudiera deducirse la vida social de la época: cacerías, luchas, domesticación, culto e incluso detalles de una mitología encontrada con la habitual y posterior. También existen animales representados entre los que cabe apreciar algunos ciervos, caballos, toros, aves y peces.

La época de las pinturas queda por estudiar, ya que en principio y según hemos visto, fueron catalogadas como egipcias, fenicias y cartaginesas, para ser denominadas como ibéricas posteriormente y pasar, en tiempos de Breuil, a relacionarse con los cantos pintados azillenses. Pilar Acosta, en investigaciones más recientes, ha señalado una doble causa para ubicar el ciclo artístico de estas pinturas: «La síntesis de elementos de clara estirpe oriental, que llega del Mediterráneo, y otros de raíz autóctona».

El carácter esquemático de estas muestras se debe, según estas hipótesis, a la fusión de elementos importados y locales y la estilización, a una degeneración de la pintura anterior. En cuanto al contexto social y económico en que fueron realizadas cabe señalar que dicha época supuso un cambio profundo en la economía, iniciándose la domesticación sin concluir la caza y sabiendo que el hombre cultivaba la tierra. Los elementos exteriores significan que ya existía el comercio y el contacto con otros pueblos, posiblemente, debido a la búsqueda de metales. «En

alguna medida —afirman estas fuentes históricas— la pintura esquemática nos revela una sociedad compleja y organizada».

La significación parece religiosa, aunque este término «parece integrante pero no exclusivo». No puede, pues, hablarse de santuarios propiamente dichos y sí de que dichas muestras poseen un carácter narrativo.

El historiador manchego Corchado Soriano considera que poseen un claro origen pagano y evoca a Cervantes para señalar que, en palabras del escritor, pudieran ser debidas a ello. Para ello cita la frase de Cervantes «Oh, vosotros, quienquiera que seáis, rústicos dioses que en este inhabitable lugar tenéis vuestra morada, oid las quejas deste desdichado amante» (evocación de tono poético de uno de sus personajes).

Por lo demás, Francisco Pérez Fernández señala que diversos autores ponen en cuestión la categoría artística de estas pinturas que, según el marqués de Lozoya, «interesa, en su estudio, más a la etnología que a la historia del arte». El escritor manchego fallecido se pregunta si la estilización y tosquedad se debe más a incapacidad creativa que a la falta histórica de técnicas expresivas, señalando que la primera «llega a extremos de verdadera locura».

Respecto a la época histórica en que fueron realizadas, las opiniones también parecen encontradas, ya que unos autores estiman que pudieran pertenecer a una transición del Paleolítico al Neolítico, concretamente a la «Edad Media de la Piedra» o Mesolítico y otras las sitúan en otras épocas.

De cualquier manera, estas pinturas forman ya parte de nuestra historia. Múltiples investigadores nacionales e internacionales se han interesado por este entramado pictórico que compone la cuna de nuestra prehistoria y que continúa aportando nuevos datos (confirmados en excavaciones recientes, cuyas muestras pueden verse en el Museo de Ciudad Real) para conformar, en un próximo futuro, la historia de Ciudad Real.

— ERNESTO GARRIDO